

# «La Bohemia de Trujillo»

**E**n el año 1913 Trujillo era una ciudad ancha y clara, también melancólica. Capital del departamento de La Libertad, ciudad universitaria y con honda solera —fue fundada en 1534 por Almagro— era honrosa y provincianamente hidalga; de saludo en las calles, de «buenos días, señor doctor», de cierto sabor de campo al doblar una esquina, de hora desiertas en la siesta y, cómo no, de enrabietados enfrentamientos y «chismecitos».

Fue ese año, en el mes de marzo, cuando César Abraham Vallejo se matriculó en el primer curso de Letras de la Universidad de Trujillo (aunque no fue ese el primer encuentro de Vallejo con Trujillo; tres años antes ya había intentado cursar los mismos estudios, pero tuvo que regresar a Santiago de Chuco, al parecer, por problemas económicos). Llegó Vallejo, «el cholo», a la ciudad hidalga y entrañable, tal vez con mucha esperanza en su equipaje, también con mucha pena, y ya entonces con un talento infinito.

Caminaban por las mismas calles empedradas de tiempo otros jóvenes: Antenor Orrego, Víctor R. Haya de la Torre, Alcides Spelucín, Francisco Sandoval, Óscar Imaña..., y quizá porque el destino fue generoso, o porque los que llevan el mismo camino han de encontrarse forzosamente en algún punto, todos aquellos personajes terminaron por conocerse los rostros y las almas, por fortuna, sobre todo nuestra.

Fue Haya de la Torre quien en 1914 puso en contacto a Vallejo con Antenor Orrego y, junto a Orrego, con el grupo que más tarde daría en llamarse «La Bohemia de Trujillo», aglutinada en torno al diario *El Norte*, que había sido fundado por Antenor Orrego y Alcides Spelucín. Desde el momento en que se conocieron surgió entre Vallejo y Orrego una amistad de una fidelidad, una honradez y una obstinación conmovedoras. Con un finísimo olfato Orrego vio en los primeros poemas de Vallejo, además de la influencia de Darío y Herrera y Reissig, un talento, una autenticidad, una originalidad y una inocencia que no dudó en clasificar, desde los primeros momentos, como únicas. Hoy sabemos que no se equivocaba, pero afirmar esto hoy es mucho más fácil que en 1914. Aquello, por parte de Orrego, además de una amistad, fue la entrega a una intuición de genialidad.

Entre 1914 y 1919 en Europa sucedió la Primera Guerra Mundial y en Trujillo se fue consolidando el Grupo Norte, que también comenzó a conocerse como «La Bohemia de Trujillo», no siempre con tono admirativo. El grupo había surgido ya enfrentado a ciertas voces y posturas más o menos institucionales —no hubiera podido ser de otra manera— y el tiempo consolidó y fortaleció su posición, a la vez que se acrecentaban los enfrenta-

mientos. «La Bohemia de Trujillo», como organismo vivo que era, se fue desarrollando y sus componentes se especializaron y ahondaron cada uno en su área. No era un grupo sólo de literatos, o sólo de ideólogos. Era un grupo de intelectuales, cada uno con una personalidad muy acusada, que se apoyaron y arroparon unos a otros y que vinieron a asimilar, con cierta anticipación, el clima de una época, el estado de parte de la conciencia de una Latinoamérica que ya estaba reclamando su propia representación y experiencia de la realidad.

Del rostro de «La Bohemia de Trujillo» y del peso que ese grupo tuvo en el desarrollo del pensamiento iberoamericano es de lo que habla *Mi encuentro con César Vallejo*, libro publicado en Bogotá (febrero de 1989) por Tercer Mundo Editores, en edición de Luis Alba Castro. Pero también habla de una amistad y de una complicidad: de la amistad entre Antenor Orrego y César Vallejo durante aquellos años jóvenes, entusiasmados y, sobre todo, inocentes. Juan Larrea dijo que Antenor Orrego fue «el único confidente sin reticencias que César Vallejo tuvo en Trujillo y tal vez en el Perú, aquél ante quien no se adoptan actitudes ni se esconden secretos»<sup>1</sup>. En este libro podemos encontrar reunidos gran parte de los artículos y textos que Orrego escribió sobre Vallejo, algunos de ellos inéditos, como el que da título al libro, así como el prólogo de Orrego a *Trilce*, prólogo por el que no ha pasado el tiempo, aunque sí injustamente el olvido. También hallaremos otros artículos sobre el grupo de *El Norte*, de intelectuales de la época, y un extracto de los textos del Simposium de Córdoba<sup>2</sup>. Todas estas palabras reunidas vienen a regalarnos el olfato y el pulso de una época, de unos años que para «La Bohemia de Trujillo» fueron casi felices.

Pero, ¿cuál era el clima en el que nació y se desarrolló el grupo Norte? En torno a *La Reforma*, *La Libertad*, y finalmente a *El Norte* se aglutinó no sólo un grupo de jóvenes creadores, sino un espíritu creador, un clima intelectual. El pensamiento iberoamericano, surgido evidente y milagrosamente de la mezcla, de esa forma en que con humildad y prodigio algunas culturas son capaces de combinarse y entregarse (en el sentido más lujurioso de la palabra), comenzaba a necesitar la superación de esa misma mezcla: superar los nueve meses de embarazo, de amalgama de sangre, genes, historia y tiempo para encontrarse en una entidad propia y crear un instrumento de interpretación de la realidad, la propia ventana sobre la que asomarse al mundo. Si algo caracterizó a «La Bohemia de Trujillo» fue la pasión de la búsqueda, y lo hicieron con un entusiasmo, una alegría y una inocencia que hoy nos resulta conmovedora y envidiable a un tiempo. Orrego decía sobre Vallejo: «tropieza porque es un explorador, cae porque asciende, vacila porque salva abismos, es oscuro, a veces, porque dice pensamientos nuevos y emociones profundas»<sup>3</sup>. Si esto fue cierto en el caso de Vallejo, también se hacía extensible al espíritu general del Grupo Norte. Por supuesto, no les faltaron detractores. «La Bohemia de Trujillo» y Vallejo en especial, cometieron el mayor de los pecados; el pecado de ser vanguardistas apoyándose en la tradición, el de agrandar la realidad sin despreciar. Y para aquellos que no son capaces de crear, esto es particularmente intolerable. El grupo no había nacido contra algo; su existencia no tenía como finalidad una negación estéril, sino que surgió por la necesidad de búsqueda y creación. Como decía Orrego: «Vallejo jamás buscó la originalidad por la originalidad misma y sólo llegó a ella sin proponérselo, por nece-

<sup>1</sup> Larrea, Juan: *Torres de dios: poetas*. Pág. 208. Editora Nacional. Madrid 1982.

<sup>2</sup> En *Mi encuentro con César Vallejo aparece la versión periodística de las actas de dicho simposium, celebrado en la ciudad de Córdoba (Argentina) el año 1959. Dichas actas fueron publicadas por la Universidad de Córdoba en el año 1963.*

<sup>3</sup> Orrego, Antenor: *Mi encuentro con César Vallejo*. Tercer Mundo Editores, Bogotá, Colombia, 1989. Pág. 68.

sidad interna de su emoción estética que era profunda, virginal, novísima»<sup>4</sup>. Realmente imperdonable e indignante. Los enfrentamientos, las rencillas y, por último, la clara aversión, concluyeron, como decía Antonio Machado, confundiendo la crítica con las malas tripas. Era un problema de libertad: «Hoy, y más que nunca quizás, siento gravitar sobre mí una hasta ahora desconocida obligación sacratísima de hombre y artista: ¡La de ser libre! Si no he de ser libre hoy, no lo seré jamás. Siento que gana el arco de mi frente su más imperativa fuerza de heroicidad. Me doy en la forma más libre que puedo y ésta es mi mayor cosecha artística. ¡Dios sabe hasta dónde es cierta y verdadera mi libertad! ¡Dios sabe cuánto he sufrido para que el ritmo no traspasara esa libertad y cayera en libertinaje! ¡Dios sabe hasta qué bordes espeluznantes me he asomado, colmado de miedo, temeroso de que todo se vaya a morir a fondo para mi pobre ánima viva!»<sup>5</sup>. Son palabras de Vallejo en una carta a Antenor Orrego a raíz de la publicación de *Trilce*. La libertad cuesta cara, casi tanto como la inocencia, y César Vallejo pagó el precio, pero no sólo el que él ya conocía que debía pagar, sino, además, el precio que imponen los que no saben perdonar esa indispensable y trágica riqueza, el precio de los eunucos. Vallejo pagó por su libertad y por la libertad de todo el grupo, y tal vez por la osadía universal de la existencia de esa palabra. Así había de ser, y pagó toda su vida con inocencia.

Antenor Orrego escribe en el prólogo a *Trilce*: «Sus palabras no han sido dichas, acaban de nacer (...). Él descubre y acopla identidades, nosotros acentuamos y separamos diferencias. Para nosotros, entre ser y ser, entre forma y forma hay abismos; para él, entre ser y ser, entre forma y forma no hay sino continuidades. Nosotros percibimos los tabiques, él percibe las trayectorias»<sup>6</sup>. Nunca ha habido una inocencia más desnuda y temblorosa de entrega ante el lenguaje que la de Vallejo. Y Orrego intuyó esto desde los primeros momentos con una gran dosis de humildad y fraternidad. Vallejo dentro del grupo de *El Norte* era un centro. Larrea comienza uno de sus ensayos sobre el poeta diciendo: «Convencido de que el caso de César Vallejo difiere en algo muy sustancial de los otros poetas antiguos y modernos que conozco...»<sup>7</sup>. Vallejo, con su muerte querida y su café, queriendo ser feliz de buena gana, quería escribir, pero le salía espuma, poseía una casa, un suelo, una cucharita amada y un mapa de su pobre España. Cada mañana era la primera vez que se daba cuenta de la presencia de la vida, y si hay algo en él de lejos, sin duda somos nosotros.

Pero ya he dicho que *Mi encuentro con César Vallejo*, además de ser un documento necesario sobre el clima intelectual de la época y sobre el peso de aquellos años en la obra del poeta, es también el rostro de una amistad. Los personajes se pasean por las páginas con la naturalidad y la falta de solemnidad que daba la cercanía: las reuniones en casa de José Eulogio Garrido los miércoles y los sábados, las visitas a las ruinas de Chan-Chan, las lecturas en las playas cercanas, que en ocasiones se prolongaban hasta la madrugada, las muchachas con apodos literarios, la intensidad con que se asomaban al mundo y, sobre todo, el sentido del humor, que podía llegar hasta la hilaridad. Todo esto camina por el libro con alegría, entusiasmo y rigor. La prosa modernista, a veces ingenua, y siempre cálida de Orrego nos abre la ventana a aquellos años de iniciación, y nos da su íntima mirada sobre Vallejo. El poeta Korriscoso, sobrenombre con el que Vallejo fue bautizado

<sup>4</sup> *Ibidem*, pág. 45.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pág. 81.

<sup>6</sup> *Ibidem*, pág. 221.

<sup>7</sup> Larrea, Juan: *Ibidem*, pág. 181.

por «La Bohemia de Trujillo», escribió sobre Orrego: «Es más poeta, más inquieto de infinito, más simbólico y sereno. Su serenidad desconcierta»<sup>8</sup>. Y es cierto, la serenidad y la finura de Orrego sorprenden a cada instante.

*Mi encuentro con César Vallejo* es un libro cuidado y hecho con mucho amor, además de contener varios textos hasta ahora inéditos<sup>9</sup> y rescatar del olvido el magnífico prólogo de Orrego a la primera edición de *Trilce*. Todo esto es de indudable interés no sólo para eruditos y estudiosos, sino también para aquellos que admiren y amen a César Vallejo. Un clima, el olor de una época, la temporada que Vallejo pasó escondido en casa de Antenor Orrego, el funeral que allí celebraron cuando se murió de cansancio el caballo de Orrego, las palabras y las premoniciones de Vallejo, su humildad y su temblor cuando prestaba los originales de sus primeros poemas. De cuerpo entero, hermanos sus hermanos, el libro es sobre todo la celebración de una amistad.

## Guadalupe Grande

<sup>8</sup> Vallejo, César: *Mi encuentro con César Vallejo*. En un artículo titulado «Los escritores jóvenes del Perú», escrito en París el año 1925.

<sup>9</sup> En *Mi encuentro con César Vallejo* podemos encontrar los siguientes textos hasta ahora inéditos: «*Mi encuentro con César Vallejo*», «*La gestación de un poeta*», «*El encuentro de un continente consigo mismo*» y «*La vida intelectual de Trujillo*», todos ellos de Antenor Orrego.

*Para Antenor,  
con todo mi cariño.  
César*